dignos del respeto y de la confianza, subir gradualmente la escala de su emancipación.

Por qué no aspirar á subir? Por la maldita fatalidad á que los arrastra la consideración que muy á menudo se hacen de: "Nací pobre y sin talento, y así debo morir."

Ahora, declaro con toda franqueza que los que más predican, son los menos consecuentes con sus palabras. Conozco algunos que traman contra el lujo de los de arriba, y no han podido sustraerse á la tentación de llevar sobre su cuerpo una prenda tan lujosa como las que aquellos usan; cuando menos usan zapatos de charol con hebillas doradas y lazos, y exhiben con disimulo un par de medias caladas.

Ante este hecho, pienso siempre que la prédica más eficaz es la que hacen los hechos, si estos no van á la par de las palabras, poca ó ninguna es la utilidad de las últimas.

Y ante ese hecho es natural pensar: ¿No será porque la suerte pecuniaria de algunos no les permite vestir con elegancia, por lo que no les agrada verla en los de arriba? ¿Si pudieran, no harían lo mismo que ellos?

Haciéndose esa pregunta, la contestaba afirmativamente, en una ocasión, uno de los obreros, y era porque presentía que él talvez y otros muchos, truenan contra las incorrecciones de los ricos porque no han podido hacer lo mismo, pero que una vez llegados á la cumbre de sus ansias también visten con lujo, también miran con desprecio á los de abajo, también se tornan explotadores.

Ojalá me equivocara, pero desgraciadamente yo conozco un caso al menos, y no es raro ver todos los días obreros á quienes su trabajo apenas les da el pan, hacer sacrificios con tal de poder atender á los gastos que la moda del día reclama.

¿Podrán tener autoridad las palabras de los que así proceden?

He dicho que algunos tienen indispensablemente que depender de los acomodados; mientras ellos no quieran acomodarse también, ya por sus vicios, ya por su ignorancia.

Y este último es otro punto importante. Bien es cierto que de las clases humildes han salido los que han hecho camino á la luz de la ciencia, del arte y de la industria; los que operan el progreso del mundo en todas sus manifestaciones; pero la masa trabajadora, ellos mismos lo han dicho, está bajo el yugo de algunos grandes en lo que se refiere á instrucción, porque así ha convenido á los móviles egoístas de aquellos.

Entonces, tiempo es ya de libertarse por la ilustración, por el propio esfuerzo, sin estar bajo la tutela de los grandes y establecer el imperio de la única aristocracia: la de los propios méritos y la del talento, la del bien, la de la verdad, en una palabra.

Para ello es necesario la fundación de bibliotecas populares, la vulgarización de la ciencia por medio de escuelas de adultos, y sobre todo de conferencias al pueblo en plazas públicas. Mientras eso no se haga, mientras no se economice, mientras no se abandonen los vicios degradantes, mientras no aspiren á subir, mientras no dejen de clamar contra los de arriba, los que están deseando llegar allí, para hacer lo mismo, mientras los predicadores no sean consecuentes con sus palabras, es decir mientras no prediquen con el ejemplo, y por último, y sobre todo, mientras al tiempo de decir no procedan á hacer inmediatamente; interim todo eso suceda, la salvación y emancipación del obrero será un mito que acariciarán las mentes enfermizas y calenturientas de los soñadores que por su naturaleza morbosa están á menudo bajo la acción de diferentes estados de ánimo, ya pensando en arreglar el mundo á bombazos, ya predicando la paz y el amor, ya simpatizando con los aristócratas del dinero y de la insuficiencia.

Termino repitiendo el móvil sincero que anima estas líneas: el bien por los obreros; la franqueza que todo lo sana, la imparcialidad de miras, la exposición sin ambajes de mi pensamiento; y más que todo, el deseo de que los obreros conozcan de una vez mi modo de sentir, advirtiendo que no tomo en consideración para lanzar mi juicio, ni amistades, que las tengo entre ellos, y las que más aprecio por cierto, ni temor á la crítica, ni interés que de esa clase pudiera derivar, ni nada únicamente oigo la voz de mi conciencia.

ALEJANDRO MONTERO

Naranjo—7—11—909

Un menguado favor á las víctimas de la sociedad

Señores Editores de los periódicos del país

No sé si alguno de ustedes ha estado en la cárcel á otra cosa que no á tomar lo que allí abunda de beneficioso para sus empresas: la noticia detallada de cada hecho delictuoso, ó el reportaje con los acusados—el escándalo del día—que hacen mejor la venta del periódico.

Pero—y no pleitemos por eso—sí estoy seguro de que ninguno ha ido allí para saber de las condiciones de la vida en el presidio, ni para conocer la verdad de las aseveraciones que contra cada infeliz de aquellos lanzan las respectivas publicaciones de ustedes; pero ni siquiera para darles á todos ellos un ejemplar del periódico que cada uno de ustes edita, y mucho menos para ofrecerles un servicio de los que honradamente pueden prestarles á los prisioneros sus semejantes que van libremente por las calles.

Por eso, sin duda, no han hecho á otro, los pobres habitantes de la Penitenciaría, el encargo que para cumplir delante de ustedes acepté una tarde de éstas, en que estuve á visitar aquel hogar de la desgracia.

Creyeron quizás, los pobres! que quien les ofrecía la HOJA OBRERA podía también conseguirles algo más: y me hicieron su embajador delante de los representantes ¡del Cuarto Poder del Estado!

Honra para todos....

La hez social que ustedes llaman—los hombres recluidos en la Penitenciaría—piden que gratuitamente se les envíen los baratos periódicos que aquí se publican.

Lo primero en que tal deseo de los presos me hizo pensar, fué en lo perjudicial más bien que beneficioso que leyendo los periódicos de ustedes adquirirían los pobres seres á quienes la vida tormentosa que encubren los esplendores sociales, va reuniendo incesantemente en la fatalidad del presidio.

En verdad: muy rara vez se aprende por la lectura de ellos algo distinto de lo que deben de saber muy bien los perversos de todas clases: política y religión, revoluciones y guerras, asesinatos y robos, suicidios, escándalos, defensas interesadas de personas, de instituciones y de castas, ataques injustos ó vilipendiosos, gracejos ruines: eso es lo que el periódico pregona, detallado todo prolijamente y de modo inmoral comentado, y amenizado las más de las veces por el relato ostentoso de las grandes fiestas, de los grandes hartazgos, de las grandes alegrías que el licor á discreción excita, que adornan profusamente las flores, que las virtuosas desnudeces decoran y que consagran el envilecimiento y la torpeza: nada, por cierto de lo mucho que los presidiarios necesitan para dominar sus instintos si son deveras criminales, ó para aplacar la justicia tremenda de sus vindicaciones en contra de la criminalidad potentada que se expande en los salones en tanto y siempre que la delincuencia andrajosa sigue siendo la sola que se pudre en los calabozos como en el suburbio.

Buena es esa prensa para leerla aquí!—pensé en la Penitenciaría. Pero pensé también en la horrible inacción á que viven condenados los infelices que allí viven; en las memorias dedicadas por entero á la añoranza placentera que tortura; en las meditaciones ininterrumpidas sobre el dolor pasado, sobre el dolor presente, sobre el dolor de siempre; en la inteligencia suelta por completo y concretada quizás á la cuidadosa preparación de un delito para consumar cuando la libertad venga como una cosa olvidada ya y talvez menos querida que la estrechez del presidio.

Y quise entonces tener un poco del dinero que otros tiran—el tanto, siquiera que percibía cuando tenía trabajo—para llevar á aquellos desgraciados un libro, ó dos, ó muchos, en que aprendieran á ser buenos, talvez, ú honradamente malhechores, mejor.

Pero no puedo hacerlo; y mucho me temo que tampoco me sea posible ahora alcanzar para aquéllos el envío gratuito de los baratos periódicos que aquí se publican.

Señores editores! los periódicos de ustedes sólo han de leerse á la sombra de las glorietas, cuando se tiene lleno el estómago y asegurado el porvenir; ó sobre el escritorio de las oficinas en que se devenga un sueldo crecido; ó en los salones en que se vive sin hacer nada. Pero debe ser horrible no saber nada de lo que sucede fuera de los muros del presidio, entre los semejantes que viven en libertad; y vuestros periódicos lo dicen todo aunque lo dicen mal: enviádselos á los condenados que vi-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.